

TOMO II
Las etapas de la Realización

DANIEL MEUROIS

El Libro Secreto de JESHUA

La vida desconocida
de Jesús, según
la memoria
del tiempo

Isthar



Luna-Sol

TOMO II
Las etapas de la Realización

DANIEL MEUROIS

El libro
Secreto de
JESHUA

La vida desconocida de Jesús, según la memoria del tiempo

EDICIONES

Isthar



Luna-Sol

«Libros, cursos y eventos con Estrella»

Querido Lector si este libro le ha ayudado, dispone de más obras de este autor y todo nuestro catálogo en:

Ediciones Isthara Luna-Sol

[w] www.istharlunasol.com

[c] info@istharlunasol.com

[t] +34 696 575 444

Título original: le livre secret de Jeshua

© **Autor:** Daniel Meurois

© **Traducción:** Rosa Albert Subira

Corrección: Ricardo de Pablo

Maquetación: Antonio García Tomé

Diseño cubierta: Ed. Isthara Luna Sol

Primera edición: octubre 2018

© Éditions le Passe-Monde

© Ediciones Isthara Luna-Sol 2018

Calle Arganda, 29

28005 - Madrid (España)

ISBN: 978-84-17230-37-1

Depósito legal: M-31834-2018

Impreso en España

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser reproducido, íntegro o parcialmente, por cualquier medio mecánico, electrónico o químico, ya existente o de futura introducción, incluidas fotocopias, adaptaciones para radio, televisión, internet o webTV, sin la autorización escrita del editor.

*A mi dulce Marie Johanne,
que, desde hace tiempo, percibió tan
profundamente la urgencia de transcribir
estas palabras e imágenes del alma.*

*A todas aquellas y aquellos que,
sea cual sea su Tradición,
consagran sus vidas a la búsqueda
del Sol universal.*

Nota editorial

Es un libro TRANSFORMADOR de verdad.

La sensibilidad y la vibración con la que transmite Daniel Meurois sencillamente produce cambios en la persona que se sumerge en tan sublimes páginas.

Esto no es tan solo una alabanza editorial, es la percepción general de los testimonios recibidos de decenas de miles de personas que han leído este singular libro.

La fuerza, la energía y el conocimiento que lleva el mensaje de estas páginas es transformador por sí mismo. Las enseñanzas y vivencias del Cristo Jesús contenidas en este libro aclaran y dejan, aún más, el camino allanado para el despertar de nuestro corazón y el encuentro con nuestra propia divinidad, sin perder nuestra identidad en esta Tierra.



Índice

Prólogo	II
Capítulo 1. «Ahora no sé cómo llamarte...»	15
Capítulo 2. Entre los muros de Sokuk.....	27
Capítulo 3. El Misterio del Jordán.....	41
Capítulo 4. Mis primeros pasos con el Sol	59
Capítulo 5. «Entonces, ¿dejas que me quede a tu lado?»..	75
Capítulo 6. Cuando la tierra hubo temblado	91
Capítulo 7. La sonrisa de una nube.....	107
Capítulo 8. De Yohanan a Myriam	123
Capítulo 9. Almas en eclosión	139
Capítulo 10. En el país de los gadarenos.....	155
Capítulo 11. La Nube.....	171
Capítulo 12. En la verdad de Caná	185
Capítulo 13. El plano del Templo.....	201
Capítulo 14. La crisálida de Eleazar	215
Capítulo 15. De Shlomit a Procla.....	225
Capítulo 16. El milagro de los peces	237
Capítulo 17. Al este de Betsaida.....	253

Capítulo 18. Juegos de poder	269
Capítulo 19. El aceite y el agua.....	283
Capítulo 20. En todas partes a la vez.....	299
Capítulo 21. Las tentaciones del Reverso	315
Capítulo 22. Un día, en Jericó... ..	331
Capítulo 23. Bar Abba, el hijo del Padre	341
Capítulo 24. Entre ternura y firmeza	357
Capítulo 25. El final de un tiempo.....	373
Capítulo 26. En vísperas de Sucot	387
Capítulo 27. Una tormenta en el Templo.....	403
Capítulo 28. Una noche, el Gran Ciervo.....	419
Capítulo 29. Getsemaní.....	435
Capítulo 30. Del Sanedrín a la fortaleza	453
Capítulo 31. La columna del <i>flagrum</i>	467
Capítulo 32. El Misterio del Gólgota	483
Capítulo 33. Regeneración.....	501
Capítulo 34. En el secreto de los rediles.....	515
Capítulo 35. La plegaria de gratitud.....	531
Capítulo 36. La sacudida de Saúl.....	547
Capítulo 37. Meryem en verdad	561
Capítulo 38. Hacia el país de las grandes almas.....	575
Capítulo 39. Una tarde en Bal Baktr	589
Capítulo 40. Las alturas de Meruvardhana.....	605
Capítulo 41. La Alegría secreta	623
Capítulo 42. «Cuidad los unos de los otros...».....	639
¿Cómo fue escrito este libro?	647
Glosario	651

Prólogo

Han pasado dos años desde la publicación del primer tomo de esta obra. Dos años que han sido sin duda los más intensos, los más exigentes y también los más emotivos no solo de mi trayectoria como escritor, sino también de mi recorrido personal como «discípulo de la Vida».

Al reconstruir en detalle la trayectoria del Cristo Jesús desde el inicio de su misión pública hasta el final de sus días en el Himalaya unos decenios más tarde, es a un verdadero labrado de mi conciencia a lo que me he lanzado, convencido de la transformación interior que iba forzosamente a inducir en aquellos que me leyeran.

Una responsabilidad que siempre he tenido en consideración y que me obliga a una constante humildad por lo mucho que exige de mí una superación cotidiana.

Ahora que este libro ya está terminado, puedo decir que he sido «inundado» por el Cristo y que sigo estándolo. No hablo, naturalmente, del Cristo de las Iglesias, en mi opinión petrificado y reducido por unos dogmas limitantes y destiladores de sufrimiento: hablo aquí del Cristo Universal, de la Energía trascendente que es constante y circula libremente en la eternidad del cosmos.

Es por tanto a ese Cristo al que os invito a descubrir en estas páginas que calarán esencialmente en aquellas y aquellos que saben —o quieren— practicar la «lectura del corazón» y son conscientes de que es en el centro del pecho donde todo sucede.

Así como he sido invitado a penetrar en la intimidad del Maestro Jeshua transfigurado después de su bautismo en el Jordán, así también me he esforzado en dejar que esta impregnara cada

palabra, cada frase y cada página de esta obra. Esto era esencial para mí a fin de no arrastrar a nadie hacia un posible esoterismo incapaz de dilatarle la conciencia al ser mental.

Esta es la razón por la que me he aplicado con esmero a restituir el recorrido personal y la psicología del Avatar a través de su constante crecimiento interior hasta el paroxismo de la encarnación del Principio divino.

¿Les será de utilidad este libro a los historiadores y los teólogos? A decir verdad, no me he hecho esta pregunta porque, aunque respeto su criterio, este segundo tomo de *El Libro Secreto de Jeshua*, igual que el primero, requiere descubrirse más allá del intelecto, con apertura y espontaneidad, y osa socavar el edificio de las viejas certezas, caminar sobre el vacío y acostar en otro continente.

Pero no vayamos a imaginarnos que las páginas que siguen van dirigidas a «una zona afectiva y confusa» del ser humano: todo lo que aquí relato ha sido recogido con una precisión extrema y una total fidelidad con respecto a lo que se me ha permitido vivir a través de los ojos y la memoria del mismísimo Jeshua. No he añadido, adornado o novelado nada. Sirva de ejemplo la cantidad de informaciones, de bases de reflexión y de referencias místicas y metafísicas que cada uno podrá encontrar aquí, a menudo relacionadas con algunos de los interrogantes de nuestra época.

A través de todo ello, mi preocupación constante ha sido la de no petrificar la imagen del Maestro en una actitud hierática y desconectada de todo. Jeshua, indiscutiblemente, buscó siempre la cercanía con todos y cada uno, y no ser venerado como una divinidad exterior al género humano. Por el contrario, mi vivencia me lleva a afirmar que Él nos enseñó el código de acceso a nuestra propia divinización.

Cada página de este libro está por tanto orientada en ese sentido; desea contribuir al advenimiento urgente de una nueva perspectiva de la espiritualidad que, por mi parte, llamo *Cristismo* y que no sabría ser propiedad de ninguna Tradición religiosa.

Porque, ciertamente, en su totalidad *El Libro Secreto de Jeshua* es irreligioso y, por tanto, adogmático. Ha sido concebido con voluntad, paciencia, libertad y amor con la esperanza de unir las conciencias abiertas a un «mañana» libre de las divisiones esclerosantes del pasado.

Esta es mi propuesta. Espero que este libro pueda suscitar lo mejor de cada uno.

Sea como sea, esta obra-testimonio es —con toda certeza, no temo decirlo— por lo que he venido al mundo.

 **DANIEL MEUROIS**



«Ahora no sé cómo llamarte...»

En el jardín de la casa de Yussaf, la luz era ámbar ese día. Entré en él a paso lento, consciente de que entraba en otra estación de la vida que se me prestaba, una estación para siempre imborrable. No hubiera sabido aún decir en qué lo sería exactamente, pero entré presintiendo la magnitud de mi gesto.

La joven que me había recibido hacía apenas un instante se había esfumado rápidamente mientras se cubría la cabellera con un velo color de tierra. A partir de aquel momento, me encontré solo frente a mi tío, que seguía estupefacto.

—Jeshua... ¿eres realmente tú?

Yussaf¹ se había convertido en un anciano, pero, por el vigor de su abrazo interminable, comprendí que había conservado toda su presencia y vitalidad. Era grato volver a encontrarlo así, como un hito que señalaba mi regreso a casa.

¿Mi casa? Tras mi última caminata a través de las colinas partiendo de Joep, ya no sabía si era verdad, pues eran tantas las

1 José de Arimatea. Véase el tomo I, capítulo 1 de la presente obra.

rutas y países por los que había transitado y que me habían marcado, esculpido y sembrado.

Allí, delante de Yussaf, que me abrumaba con preguntas entre dos lágrimas contenidas, las palabras no me venían. O, más bien, había tantas y tantas dentro de mí que ninguna llegaba a imponerse a las demás para pasar el umbral de los labios.

Sin embargo y curiosamente, lo que sentía no era emoción. No la emoción como la entendemos comúnmente. Era... otra cosa indefinible que descubría por primera vez y que sin duda era el fruto de mi reciente metamorfosis en el interior de la Pirámide. Una especie de alegría en estado bruto, un sentimiento puro e intenso y, al mismo tiempo, lleno de desapego.

En un rincón de aquel jardín que constituía el corazón de su opulenta morada, mi tío me invitó finalmente a sentarme en un banco de piedra y me ofreció un poco de vino en la copa más hermosa que jamás había visto.

¿Era realmente posible intercambiar alguna palabra en aquellas circunstancias? Habían pasado diecisiete años desde que Yussaf me confiara a Yosh Heram y al desierto, siendo yo aún muy joven. Sus preguntas se deslizaban sobre mí.

Entonces, de pronto, tuve necesidad de mirarlo de otra forma y me sumergí en las pupilas de sus ojos hasta que encontré la verdad fundamental de su alma. Era preciso.

—Yussaf —dije de nuevo—, ¿de verdad me reconoces?

—No... —me contestó tras un corto titubeo—. No, pero sé que no puede ser nadie más que tú. Tú, más... más *Algo* que casi me hace temblar.

—¿Un Soplo?

—Eso es.

—Él fue por lo que me marché... y por Él vuelvo.

Recuerdo que vi entonces al anciano levantarse de su asiento a mi lado en el banco y deslizarse lentamente hasta el suelo; posando la frente en él, me tomó de los tobillos con las manos.

Le dejé hacer. Ese *Algo* cuya naturaleza había adivinado solo veía en mi tío a un hombre sediento de Sol, el primero de los que hacía falta saciar. Entonces, con un gesto simple, mi mano derecha se posó por sí misma sobre su medio despoblada cabeza.

No había ninguna pretensión en ningún espacio de mi ser al realizar aquel gesto. En realidad, era la prolongación natural de *Eso* que me habitaba y que no debía en absoluto refrenar.

Si tuve un primer y verdadero discípulo en esta Tierra, fue el viejo Yussaf de Ha-Ramataim, el mismo por el que mi tan largo viaje había podido realizarse.

Durante aquel largo silencio entre ambos, en el que mi mano estuvo posada sobre su cabeza, me parece hoy, dos mil años más tarde, que todo fue dicho entre nuestras almas. Naturalmente, era un «todo» cuyo contenido exacto ignorábamos conscientemente, pero que hacía remontar a la superficie de nuestras vidas la certeza de una antigua, profunda y hermosa connivencia.

—Levántate, te lo ruego —dije finalmente—. Hablaremos esta noche... cuando el torbellino de los recuerdos haya dejado caer su polvareda.

En ese momento, la joven que me había abierto el portal reapareció. Llevaba en las manos una cubeta y una jarra de agua. Según la costumbre, era importante que me lavara los pies antes de poder entrar en la vivienda misma.

—Esta es Marta, una de mis nietas —me anunció Yussaf—. Una prima para ti. Viene a menudo a visitarme... y, como ves, hace honor a su nombre².

—Oh; es la hermana de Eleazar, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, lo descubro. Está escrito a su alrededor.

Por un instante, vi que Marta levantaba la cabeza con una especie de movimiento de dignidad.

Luego, evitando cruzar mi mirada, se arrodilló a mis pies. Con ayuda de su jarra de agua y su cubeta, se puso a lavármelos igual que se hacía con todos los huéspedes a los que se quería honrar.

—¿Por qué tú? —le dije—. No me conoces.

—He visto a mi tío y eso me basta.

.....
2 En arameo, la palabra *marta* significa «ama de casa». Corresponde al nombre de Marta.

Marta, que seguía sin mirarme, me había respondido con un tono que delataba una especie de lasitud.

—Mi nieta no ha tenido una vida muy fácil —añadió inmediatamente Yussaf—: vive demasiado sola...

—¿Con sus ovejas, en su casa, en Betania?

Pronuncié aquellas palabras sin siquiera pensarlo, como si fuese una evidencia, porque esto también estaba dibujado en su luz de alma.

Yussaf acababa de ponerse en pie detrás de ella, quien ahora me secaba los pies con un pañuelo de lino blanco. Mi tío contenía la respiración, la boca entreabierta.

—Sí... eso es, sí... en Betania.

Betania. Evidentemente, jamás había estado allí e incluso había olvidado su existencia hasta aquel momento, pero el efluvio de su nombre me decía que el lugar debía de ser agradable, con todas las datileras que allí adivinaba.

—Y Myriam, ¿qué hace?

Esta vez, Marta no pudo evitar cruzar mi mirada.

—Hay muchas Myriam.

Al decir esto, la joven se volvió a levantar y la vi desaparecer con pasos rápidos hacia el interior de la casa.

Yussaf parecía manifiestamente incómodo.

—Habla poco, ¿sabes? A menudo ha tenido miedo. Mucho por los romanos. Los soldados pasan regularmente por Betania. A veces la buscan, ¿sabes? Quizás un día te cuente...

—¿Todavía tienes tu mosaico?

Yussaf casi se echó a reír, claramente aliviado de pasar a otras consideraciones y de que yo dejara de interesarme por alguien que no me correspondía conocer.

Eso bastó para que me pidiera que le siguiera a la penumbra fresca de su gran mansión. Unos escalones por subir, un vestíbulo por cruzar, un estanque de cerámica azul y, después, estancias, muchas estancias sobrias pero armoniosamente amuebladas... No me acordaba de todo aquello. Solo el mosaico se había grabado en mi memoria.

Seguía estando allí, al final de un pasillo inundado por la claridad que se filtraba desde un tragaluz sabiamente ubicado. En el mosaico había tres palomas representadas con delicada elegancia sobre un decorado de palmas.

Contrariamente a lo que durante años me había dicho a mí mismo al imaginarme aquella escena, no tuve ninguna emoción particular. Me sentía maravillosamente feliz de estar allí, de manera tan sencilla, respirando la dulzura del instante y sin que nada pudiera alterarme. Yo ya no era el mismo...

Habitaba perfectamente mi cuerpo, aunque existía en mí una mirada que lo percibía todo desde un ángulo hasta entonces desconocido y cuya lucidez parecía querer prevalecer sobre todo lo demás.

Entonces, de repente, mientras yo permanecía inmóvil mirando el espectáculo de las palomas, la voz de Yussaf vino a buscarme. Traducía una especie de agitación.

—Perdóname... Dime... Ahora ya no sé cómo llamarte.

—Pero... ¿acaso no soy Jeshua?

—No... no realmente, ahora no sabría llamarte así. Ya no puedo.

—¿Y si te lo pido?

No obtuve ninguna respuesta. ¿Daba yo miedo hasta ese punto? ¿Revestir el Sol conducía a eso, a una diferencia cada vez mayor que acabaría convirtiéndose en muralla? ¡Oh, si en aquel momento hubiese podido retirarme y rezar!

Detrás de Yussaf, que me hacía visitar las últimas estancias de su casa, recuerdo que me dije a mí mismo que con todo lo que había sucedido —y sin importar lo que me costase— quería seguir siendo hombre, quería seguir llamándome Jeshua. ¿Fue este pensamiento, este deseo o quizás este arrebató de simplicidad lo que hizo crecer en mí una poderosa ola de ternura? Seguramente, porque, llegado arriba de la escalera de piedra que desembocaba en los tejados y la terraza, no pude retenerme y abracé fuertemente a Yussaf.

—Entonces, ¿será Jeshua? —le dije.

—Si insistes, pero...

Y, debo decirlo, aquella pequeña palabra, aquel *pero* quedó siempre entre nosotros, como el discreto estigma de una soledad que me tocó vivir hasta el final.

El resto del día y la noche transcurrieron en un intercambio apacible que fue pura felicidad. Yussaf me confirmó la partida de mi padre y la fuerza digna de mi madre. Las lenguas se desataron sin esfuerzo, yendo de evocación en evocación; e incluso Marta, a quien le habíamos pedido que se uniera a nosotros, se olvidó, entre fruta y fruta, de retener unas sonrisas.

Era ya tarde cuando Marta y los tres criados de la casa se retiraron para pasar la noche. Este era sin duda el momento que Yussaf esperaba. Había arrojado un puñado de hierbas secas para que se consumieran sobre las brasas. Una antigua costumbre.

—¿Te quedarás aquí unas semanas con nosotros? Has viajado tanto... Estás en tu casa.

Cogí su mano y puse la mía encima, abierta también, con la palma hacia arriba.

—Mira... Desde mis primeros días en este mundo, sabes mejor que muchos lo que está inscrito aquí dentro, entre estas líneas. ¿Qué piensas que deba hacer? Me doy tres días, Yussaf, tres días para afinar mi cuerpo al canto de esta tierra. No más, porque después...

—¿Después?

—Awoun me lo dirá.

A partir del día siguiente, y tal como había planeado, me puse a recorrer la ciudad. Jerusalén ya no era la de mis recuerdos de adolescente. Quizás nunca lo fue.

En la maraña de sus callejones, en sus plazoletas e incluso en la explanada del Templo, la belleza que le había encontrado con mis ojos de trece años había cambiado de nombre. Se había vuelto seducción. También descubrí en ella una dureza.

Me pregunté primero si no era a causa de la presencia —más palpable que antes, me pareció— del ejército romano. Pero no..., porque sentía muy bien que siempre era así cuando las puertas del alma de los pueblos se encogen. ¿Por qué se encogen? Las mismas almas no lo saben. En verdad, claman cíclicamente por la urgencia de una mutación mientras niegan sus efectos. Tienen miedo.

Todavía guardo en la memoria aquella tarde entera que me quedé discretamente sentado frente al gran Templo, observando el

incesante desfile de unos y otros. Salvo raras excepciones, no vi más que la expresión de todos los comercios de la humanidad.

«¿Una mutación?», me pregunté... Sí, había urgencia. Pero una mutación no tiene nada que ver con una simple muda. La conciencia no se satisface con la superficie de las cosas: necesita todo al mismo tiempo, la reja del arado, el aliento del sembrador, la semilla, el agua y el fuego.

En esos instantes —lejos de toda exaltación de mi ser; por el contrario, con una infinita serenidad— vi claramente que me tocaba ser todo eso a la vez, que era mi labor, la única y verdadera razón no solo de mi regreso sino también de mi vida, y que la duda no me estaba permitida.

Ese día, cuando el crepúsculo cayó, Yussaf me tomó, un poco torpemente, del brazo al acabar la cena que habíamos compartido.

—¿Sabes?, tengo una hija. La adopté poco después de que te marcharas. Hubo revueltas... Su padre, que era amigo mío, y la esposa de este murieron durante aquellas revueltas. Después, pues...

—¿Siempre tienes su nombre en la cabeza, verdad? ¿Es Myriam?

El nombre de Myriam se había impuesto en mí una vez más, como la noche anterior, sin razón aparente.

—¿Está en Magdala en este momento?

Tenía la sensación de que las palabras seguían saliendo por sí solas. Parecían ser la extensión de una mirada o de un conocimiento que aún no controlaba.

—¿Te han hablado de ella?

—No, Yussaf...

No quise decir nada más al respecto porque me parecía evidente que el tema era delicado y quizás incluso doloroso. En realidad, veía muy bien en qué punto estaba esa Myriam que mi tío había adoptado. Se había casado con un hombre que bebía, un hombre violento. Había tenido un hijo... y había acabado huyendo con él cuando era muy pequeño. Podía imaginar la reputación de la que era objeto y la pena que eso provocaba en Yussaf.

—Todo sucede por una razón —dije simplemente para cerrar la conversación sobre este tema—. Y cada uno tiene su momento exacto para pasar de la noche al día.

Como lo había decidido, viví dos días enteros más en Jerusalén, observando y reflexionando. Quería comprender mejor en qué punto estaban todas esas almas a las que veía agitarse, y qué era lo que necesitaban.

La naturaleza de su prisión —aunque se tiñera de forma diferente— era idéntica a las que había constatado en todas partes. Se mostraba esencialmente tejida de egoísmo y orgullo. Cada uno vivía solo en medio de la multitud, a pesar de las ofrendas en el Templo, de las plegarias y de los regateos. Y luego estaba el juego de las sumisiones, de los compromisos, de las pequeñas rebeliones y de las codicias para envolver el todo. Era el mundo del sueño: ni realmente malo, ni realmente bueno.

Habría podido darles la espalda pero había tanto fuego en mí que, por el contrario, les di las gracias a esas almas que eran cómplices, ya que gracias a su ciego sufrimiento y a su descarrío quise crecer tanto, acordarme y pedirle a mi Padre que corriera por mis venas.

Estos eran mis pensamientos la mañana de mi partida, cuando emprendí el camino que conducía a Betania. Me acompañaba Marta, que quería aprovechar la ocasión para regresar a su casa. Iba montada en una mula. Por mi parte, Yussaf me había regalado unas sandalias nuevas y unas monedas para que mi regreso fuese más fácil.

Había aceptado todo aquello de buen grado según el principio de sabiduría que afirma que no hay que buscar caminar sobre las aguas de un río cuando existe un puente para cruzarlo.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Volver a tu pueblo? —me preguntó Marta cuando la acompañé hasta la puerta de su casa.

—Primero iré a saludar a mi primo Yohanan. Yussaf me ha dicho que predica en el desierto al Todopoderoso, casi como un loco, y que tiene muchos discípulos. Así que, como me gustan los locos...

—Se dice que últimamente está a menudo por los alrededores de Sokuk³... y allí donde el río desemboca en el mar de Sal.

3 Sokuk: el actual monasterio de Qumrán (véase tomo I, capítulo 12).

Dejé a Marta con estas consideraciones, convencido de que ella tenía su lugar en el camino que se perfilaba ante mí. Nos volveríamos a ver, estaba escrito desde siempre.

Sí, por supuesto, volvería al pueblo, volvería a encontrar los ojos de mi madre, los de Judas, los de la «pequeña» Sara y los demás... Sí, pero hacía tiempo que mi vida acogía una Voluntad que la trascendía y que me dictaba la urgencia de llevar a cabo ciertos gestos antes que otros.

Yohanan... Una especie de voz interior me ordenaba ir a su encuentro sin más tardar.

Así pues, sacié rápidamente la sed en el viejo pozo de Betania y me adentré con paso decidido por el sendero que, atravesando las colinas desiertas, me conduciría hasta las riberas del mar de Sal.

Era un viaje más, solo, a través de las rocas y la arena; una noche más también, envuelto en mi gruesa manta de lana contemplando el mayor tiempo posible los millones de diamantes de la bóveda celeste.

Al día siguiente, cubierto de polvo, llegué a un saliente rocoso desde el que la mirada podía abrazar buena parte de la extensión centelleante del mar.

Un beduino y su familia habían plantado su tienda no muy lejos de allí. Me dirigí hacia ellos. En el desierto, un alma saluda siempre a otra, sea esta la de un pequeño zorro o la de un halcón.

Un poco desconfiado y con su bastón en la mano, el beduino dio unos pasos en mi dirección.

—El Eterno esté contigo. ¿Es agua lo que quieres?

—Siempre se busca agua en esta tierra, pero, sobre todo, quiero tomar el camino más corto para llegar a Sokuk.

El hombre dudó un poco.

—¿Sokuk? Se dice que no abren la puerta a nadie en estos momentos. Seguramente, a causa de ese hombre del que no quieren oír hablar y que atrae a mucha gente. Desconfían. Entonces, a menos que le busques a él, ve a otra parte.

No era necesario que el hombre me dijera más. Le di las gracias y tomé el camino que me indicaba. En cuanto al agua, todavía me quedaba.

Pronto, bajo un sol abrasador, llegué a orillas del mar de Sal; por simple placer, dejé que mis pies jugaran en su agua aceitosa. Después lo bordeé hacia el sur hasta que distinguí, en una elevación, un conjunto de construcciones, muros de color terroso y unos cuantos árboles raquíticos: ¡Sokuk!

El recuerdo de la mirada de Yosh Heram resurgió de repente en mí⁴. ¿No había sido siguiéndole a él como había franqueado, hacía años, las puertas del monasterio? Un recuerdo conmovedor y tal vez un poco doloroso también; aunque, considerándolo bien, no, ya no lo era.

A decir verdad, en ese momento comprendí que era un antiguo reflejo el que había intentado infiltrar en mí esa palabra, vacía de su sentido. Uno de esos reflejos anteriores a mi metamorfosis, como una última proyección de espuma venida del pasado.

A decir verdad igualmente, fue más bien con la sonrisa en los labios como contemplé, rezagándome, la silueta color ocre de los muros de Sokuk.

¿Estaría Yohanan allí, en alguna parte?

Pese a las afirmaciones de Marta y del beduino, un sentimiento profundo me decía que no. Y sin embargo, debía ir allí: era conveniente que fuera.

4 Véase tomo I, capítulo 12.

